

Revista electrónica trimestral. Año I No. 2
Holguín, 2003

Humanismo, universalidad y equilibrio en el pensamiento martiano

por Dr. Freddy Varona Domínguez

Cada fecha significativa de la existencia de José Martí motiva reflexiones acerca de su vida y pensamiento. El sesquicentenario de su natalicio posee una connotación especial: a 150 años, el Maestro está vigente por el vigor de sus razonamientos, sugerencias, sensibilidad, acopladura al deber de solucionar los problemas dictados por la vida y aspiración de crear un mundo equilibrado formado por hombres y mujeres mejores.

La sociedad humana existente a principio del siglo XXI enseña un mundo muy distante del que aspiraba José Martí. Las diferencias abismales son el rasgo esencial de su rostro. Los increíbles adelantos de la ciencia y la tecnología, la aspiración de prolongar la vida de los humanos y elevar su calidad subsisten con la ignorancia, el hambre, la muerte prematura por enfermedades curables, el desarrollo de guerras evitables y otros males que le dan a la Tierra un matiz dantesco. Cuando se habla de la era post industrial o de servicios, todavía perduran comunidades en estado primitivo.

Desde finales del siglo XX, en este mundo cada vez más desequilibrado mental y físicamente, varios pensadores postmodernos niegan los proyectos humanistas y conciben sólo la desalienación proveniente de la tecnociencia, la telemática y el mercado; enfatizan el individualismo y la disolución del sujeto social; volatilizan conceptos como sociedad y pueblo. Cuando estas ideas aún no han sido olvidadas, se difunden las teorías de los sistemas y la complejidad. En ellas el ser humano y la sociedad son entidades autónomas, aunque con relaciones recogidas en el concepto complejidad.

En medio de la creciente desproporción, parcialidad y condiciones adversas al desarrollo pleno del hombre, se incrementa la lucha por la sobrevivencia y los derechos humanos. En tal situación es obligatorio recurrir a todo cuanto contenga aspiración de equilibrio social, optimismo, universalidad y fe en la capacidad humana. El pensamiento martiano es imprescindible por su humanismo a realizarse en una patria equilibrada.

La estructura filosófica del pensamiento de José Martí (filosofía de relación, según él la llamaba) constituye un sistema coherentemente elaborado en torno a la naturaleza, el hombre y sus relaciones. Porta una misión redentora que cobra dimensión como programa humanista a través de la axiología de la acción, con un discurso magistral que conjuga conceptos e imágenes, razón y sentimiento.

En la bibliografía especializada el término humanismo es utilizado con diversos matices, en dependencia, ante todo, del punto de vista filosófico y los intereses políticos. Por la variada utilización es obligatorio precisar que en este trabajo se entiende por humanismo una concepción caracterizada por el papel central otorgado al hombre, con el propósito de desalinearlo, en tanto liberarlo de las trabas y opresiones para restablecer su dominio, control y autoestima y simultáneamente perfeccionarlo en todos los sentidos.

El pensamiento martiano es síntesis de la línea humanista que articula el pensamiento cubano del siglo XIX. La esencia humanista es evidente en cualquiera de los escritos de Martí, pero el estado implícito de su humanismo y la ausencia de una obra donde aparezca estructurado de modo explícito, conducen al investigador a la imprescindible tarea de revelar sus características y riqueza.

El humanismo martiano se levanta sobre una concepción filosófica unitaria. Su punto de origen está en la comprensión del Universo como lo uno en lo diverso y lo diverso en lo uno, como un todo en constante devenir formado por lo material y lo espiritual. Esta

unidad cósmica aparece en la naturaleza, categoría que en Martí representa “todo lo que existe, en toda forma – espíritus y cuerpos (...) El misterioso mundo íntimo, el maravilloso mundo externo (...)”. En esta unidad lo espiritual es lo activo.

De las diversas reflexiones martianas se infiere que la unidad alcanza su más alto nivel en el hombre, cuyo espíritu es la concreción del Espíritu Universal. El hombre tiene la elevada posibilidad de conocer su propia existencia y encaminarse al Ser Universal. Con su acción múltiple ha de romper barreras enajenantes. Debe perfeccionarse y mejorar todo cuanto le rodea. La perfección la logra con su propio esfuerzo: “El hombre crece con el ejercicio de sí mismo.”

La desalienación y el perfeccionamiento humano van aparejados a valores de varios tipos concebidos en mutuo condicionamiento en la cultura y la historia. Por ello, no son esencias a priori, ni arquetipos y concentran en sí conocimiento y acción. Su multilateralidad otorga universalidad al humanismo martiano.

Las virtudes en el humanismo martiano son valores morales. Su jerarquización depende de los hechos relevantes de la vida de Martí, quien desea para América “hombres que digan lo que piensan, y lo digan bien: hombres elocuentes y sinceros.” La sinceridad se entrelaza con la honradez y la valentía: “Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado.” Enfatiza la lucha para ser honrado y para que todos los demás lo logren. Cada cual debe autoperfeccionarse y contribuir al perfeccionamiento de los otros.

Ese camino ha de emprenderse con amor: fuerza humana suprema, valor en sí mismo y conducto de valores. El amor armoniza con el patriotismo, concebido como síntesis de todos los valores. Quien lo posee, tiene la mayor validez. Es derrotero de su humanismo, patriótico desde la médula.

La patria para Martí es “comunidad de intereses, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas”, “es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca, y en que nos tocó nacer”. De esa amplia concepción se deriva el patriotismo como invocación a la construcción de una patria nueva y equilibrada que sea honrada por sus hijos. Por eso, no puede admirar a los Estados Unidos, porque allá “los hombres no aprenden a amarse, ni aman al suelo donde nacen por casualidad”.

Las aspiraciones de superación humana asentadas en todo un sistema de valores morales, con el patriotismo como eje medular, conducen al hombre constantemente a otros dos valores. Estos merecen distinción especial por constituir fundamento de la patria en el futuro y ser aspectos claves en la lucha revolucionaria. Son la dignidad y la justicia.

La dignidad es la validez humana por su elemental condición de hombre. Es el bien preferido por Martí para la patria, cuyo fundamento ha de ser que “en la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre”.

La dignidad es síntesis de atributos cualificadores de la subjetividad y canal de realización de los otros valores con los cuales el hombre se supera. Martí aspira que se exprese en la conducta de los hombres, en toda su actividad y en todas las relaciones humanas, las cuales han de desarrollarse sobre la base de la justicia.

La igualdad social es la base de la justicia, concebida ésta como valor moral. Le recalca a Manuel Mercado su pasión por ella como antítesis de la infamia y la violación del derecho. Considera que la pérdida del sentido de lo justo propicia el descenso humano. Para Martí, alcanzar la justicia presupone la realización de diferentes transformaciones: crear una cultura original e integradora de lo mejor de la humanidad y de la patria (pretensión de connotación universal), borrar el atraso económico y disminuir las grandes diferencias sociales; establecer un Estado independiente y soberano, basado en la democracia más auténtica y la igualdad social; conformar un cuerpo legal que

garantice equilibrio en la obra social y libertad.

En el pensamiento martiano es significativa la libertad, la cual está estrechamente relacionada con la espiritualidad. Sostiene que “ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste mientras no se asegure la libertad espiritual”. Significativa es la capacidad racional humana, así como los conocimientos. Sentencia que “un pueblo instruido será siempre fuerte y libre”.

En la desalienación y perfeccionamiento humanos, Martí subraya el cumplimiento del deber. En 1877 sentencia: “antes que lo que conviene hacer, está siempre lo que se debe hacer”. Aunque los derechos humanos son tenidos en cuenta por él desde muy temprano, como ocurre en 1869 cuando asegura que en la Cuba de entonces la libertad “no es tan amplia que permita decir cuanto se quiere, ni publicar cuanto se oye”.

En Martí el deber es transformador, creativo y autoconscienciado. Ha de lograrse que el individuo cumpla rigurosamente con su deber ante la sociedad y la vea como un marco propicio donde pueda desarrollarse totalmente. Para ello el hombre ha de ser solidario y no solitario, como afirmaba Félix Lizaso.

A partir de la década del 80, con la maduración de su pensamiento en los Estados Unidos, se observa una paulatina articulación ético-política, posible por la presencia en su pensamiento de un enfoque socio-cultural antropológico, con sus determinaciones histórico-políticas. Con él se concibe la actividad humana como empresa moral.

La vinculación ético-política en el pensamiento martiano responde a la convicción de no ser alcanzable la liberación humana (y cubana sobre todo) solamente mediante la moral y a su vez de no haber revolución sin la creación de una nueva ética. En él nunca desaparece la prédica de la moral encaminada a la superación de la humanidad, porque no desprecia su capacidad para perfeccionar y liberar al hombre.

La política es asimismo fuerza desalienadora en el humanismo martiano. Esta es para Martí una acción consciente. Para elaborarla y aplicarla es preciso estudiar a fondo, y en el momento oportuno, todo lo que influye sobre el país. Concibe dos tipos de política: la que beneficia a la patria y la que la perjudica. En la primera de ellas distingue la que persigue el bien de un grupo y la que procura la mejoría de todos los hijos de la patria. Martí considera que la política debe ser profundamente analizada y abarcar todos los asuntos del país y no dedicarse sólo al gobierno: “Ha de armonizar para el bien general, y con miras a la virtud, los intereses” y abrirle cause a todo lo foráneo provechoso para la patria. Entiende que según ella sea puede ser conservada o transformada la situación socioeconómica del país y propiciar o no la realización de aspiraciones humanistas.

La capacidad humana de razonamiento es una de las fuerzas con la ayuda de las cuales se desenvuelve la desalienación en el humanismo de José Martí. Pero no es la razón per se la que posee significación, porque “no es la inteligencia, recibida y casual lo que da al hombre: sino el modo con que la usa y la salva”. Martí capta y estima las posibilidades de la razón, pero no la idolatra como única vía de ascensión humana.

Reconoce Martí junto a la fuerza y capacidad superadora de la razón humana, el valor desalienador de los conocimientos: “ser culto es el único modo de ser libre”.

Comprende que el hombre debe conocer la naturaleza y mantenerse unido a ella: “(...) el hombre no se halla completo; ni se revela, a sí mismo, ni ve lo invisible, sino en su íntima relación con la naturaleza”.

En Martí es una aspiración que el hombre se reconozca en toda obra creada por él mismo y que tome seguridad de sí con el reconocimiento de sus capacidades. Lucha por conocerse a sí mismo y le sugiere a cada cual que conozca sus particularidades. El conocimiento acerca de sí dota al hombre de tolerancia. El que no conoce su propia esencia y detalles, le exige a los demás lo que él no es capaz de realizar.

Otra fuerza desalienadora en el humanismo martiano es el trabajo, concebido como

fuerza de ennoblecimiento humano y de alegría. Martí le rinde honores, porque a través de él, el hombre crea cosas que la naturaleza es incapaz de crear, incluso efectos positivos sobre el cuerpo y el espíritu humanos. Opina que “el hombre crece con el trabajo que sale de sus manos”. De ahí la admiración que siente por los obreros, quienes son pulcros en su interior, aunque al salir de las fábricas van cubierto de lodo.

El trabajo fortalece al hombre, lo equilibra física y espiritualmente, lo ennoblece, lo hace humanamente superior y le proporciona fuerzas para dirigir su vida; lo ubica en el centro de lo estrictamente humano. Entre el trabajo y la adquisición de nuevos conocimientos establece vínculos sólidos? esta relación es un modo de equilibrar la teoría y la práctica. Es considerado por él como un derecho humano. Destaca que en la patria futura la única fuente de bienestar debe ser el esfuerzo de cada cual. Capta que en algunas esferas sociales se desvirtúa el trabajo y que en algunos lugares, sobre todo en los Estados Unidos, se produce la adoración a la riqueza A todo ello manifiesta su repudio.

El humanismo de Martí aparece como hijo legítimo de la realidad. La toma como punto de partida en el recorrido hacia el hombre desde el cual parte nuevamente hacia todo lo existente. En ese tránsito lleva impregnados los deseos e intereses humanos, así como la cultura, vista con su capacidad para determinar y cualificar al hombre. Esto le posibilita tomarlo en su actividad y captarlo con todas las manifestaciones de su ser. Lo concibe como complejo sistema de relaciones, donde lo objetivo y lo subjetivo actúan entre sí. Este modo de verlo constituye su método filosófico de investigación del hombre.

El Maestro aprehende la realidad dialécticamente, lo cual le permite ver las tareas actuales y prever las futuras, como la lucha contra el colonialismo español y contra el amenazante imperialismo norteamericano. Puede captar las diferencias entre las dos Américas y definirse por Hispanoamérica, a la que defiende de sus enemigos y a quien quiere dar estatura universal con la fuerza y excelencia de sus propios hombres.

El Maestro concibe la cultura como totalidad, porque la percibe “como afirmación y defensa del mundo a que sirve”. Es el ser esencial del hombre y medida de su desarrollo, defenderla es defender la esencia de cada hombre y de su pueblo, por eso, es concebida por él como una gran fuerza de resistencia ante la posibilidad de perder la identidad.

Martí capta la cultura en estrecha relación con la política y la historia. Transformar la política significa influir de algún modo sobre la cultura. La historia es el decursar de los hombres, es lo que hacen y cómo lo hacen, por tanto, es la historia de la cultura.

Mediante la cultura Martí penetra la subjetividad y llega a concebir al hombre como un ser cultural-histórico. La libertad humana debe partir de la cultura y calarla, como esencia del pueblo, con todos sus componentes.

Comprende que en las circunstancias cubanas no bastaba con la separación de la metrópolis. Eran imprescindibles cambios radicales en la mentalidad, en las costumbres, en el modo de producir, o sea, en la totalidad que es para él la cultura. La revolución es concebida por él como un hecho cultural.

A partir de la realidad en el humanismo martiano se conjuga el presente con el pasado y el futuro. Afirma que “para estudiar los elementos de la sociedad de hoy es necesario estudiar en algo los residuos de la sociedad que han vivido”. Ello le posibilita recoger el legado emancipador de Cuba y de toda Hispanoamérica, unir las fuerzas sociales nuevas con las viejas, apoyar en los obreros emigrados un alto por ciento de sus propósitos y captar el peligro que representaba el imperialismo norteamericano. Su punto de partida es la necesidad de transformar el mundo para redimir a los hombres.

Sobre la base de la realidad, comprende la necesidad de la unidad de los patriotas: elemento cardinal en su humanismo: “(...) lo que divide a los hombres, (...) es un pecado

contra la humanidad”. Sobre esa premisa funda el Partido Revolucionario Cubano y pretende edificar la futura república cubana “con todos y para el bien de todos”.

Acorde con la aspiración de Martí de constituir una república unida, su humanismo se erige sobre la armonización de las clases sociales cubanas y el “equilibrio abierto y sincero de todas las fuerzas reales del país”. Pero este principio suyo se apoya en su mandato de que “con los oprimidos había de hacer causa común”.

Desde los años mozos se observa en él su voluntad de servir al hombre, de sacrificarse por el mejoramiento humano y de la patria. Su idea de echar su suerte con los pobres de la tierra responde a un proceso de interiorización de la necesidad de transformar la realidad y con ella al propio hombre.

El lugar fundamental de la realidad dota de universalismo al humanismo martiano.

Muchas de las aspiraciones y sugerencias aparecen estrechamente vinculadas a variadas consideraciones en torno a hombres y pueblos de diversas latitudes.

La consideración dada al hombre individualmente se completa con su estimación por el pueblo, como la masa adolorida por carecer de independencia. No es un concepto abstracto. Es un conjunto de hombres, donde cada uno mantiene su individualidad y conserva el derecho a ser respetado. Ningún individuo puede erigirse en amo de otros, tampoco en servidor de la colectividad. El equilibrio ha de imponerse.

Sostiene Martí que en determinados momentos la opinión colectiva pesa más que la individual. No cree que “en aquello que a todos interesa, y es propiedad de todos deba intentar prevalecer ni en lo privado siquiera, la opinión de un solo hombre”. Pero simultáneamente considera que es un vicio social “la falta de respeto a la opinión ajena”. Se opone al despotismo en cualquiera de sus manifestaciones. Subraya la tolerancia, lo cual está a tono con su lenguaje, matizado en todo momento por las proposiciones.

No sobrevalora la capacidad individual aislada: “Nada es un hombre en sí, y lo que es, lo pone en él su pueblo.” Como tampoco le es indiferente el individuo con sus peculiaridades. Busca un equilibrio entre el individuo y la sociedad, como rasgo de la patria futura. Condena la sociedad socialista caracterizada por Herbert Spencer, debido a que según este autor inglés el hombre en ella se volvería esclavo de la comunidad.

A modo de conclusiones: En el humanismo de José Martí las proposiciones y aspiraciones poseen como rasgos esenciales la universalidad y el equilibrio, acordes con el fin supremo de creación de una sociedad y una cultura verdaderamente humanistas.

Este propósito está por realizarse en la mayor parte del mundo de inicios del siglo XXI.

La actualidad convierte a hombres y mujeres en testigos de que la vida humana puede exterminarse o deteriorarse aún más. No habrá solución radical alguna, mientras no reine un humanismo de raigambre popular con dimensión universal y equilibrada y extensión social y cultural. Es preciso ascender la cultura a posiciones humanistas.

El albor del siglo XXI agiganta las alarmas de la pasada centuria. No basta con defender sólo a un tipo humano, ni con una defensa verbal. La política, los conocimientos, el trabajo y la moral no pueden estar segregados de los problemas actuales y venideros. El mundo actual reta a tareas universales para alcanzar el equilibrio necesario. Hoy más que antes está enhiesta la afirmación de José Martí que patria es humanidad. Hoy más que antes, defender la humanidad, es defender la patria.

body